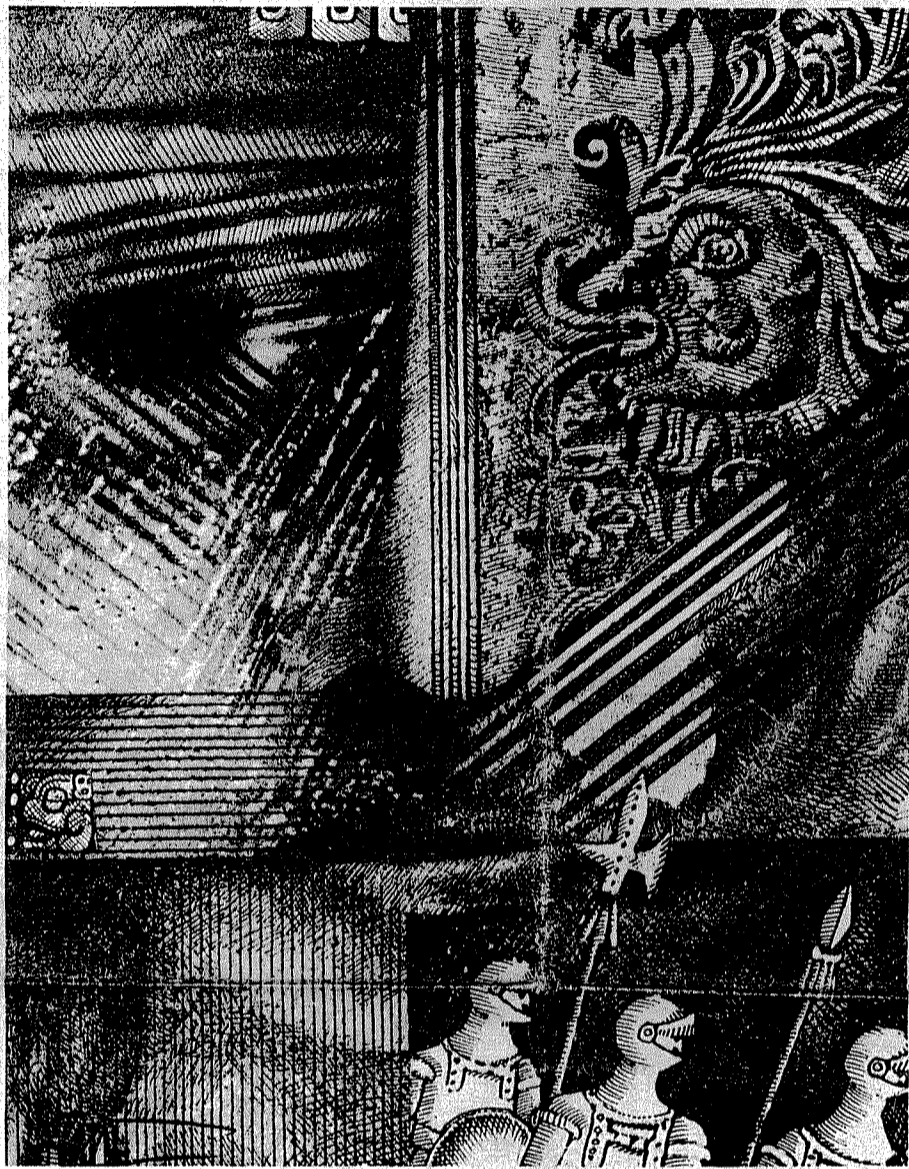


Arturo Ardao

# Nuestra América Latina

Arturo Ardao incursiona en este trabajo alrededor del origen de la expresión América Latina.

No se limita a historiar sino —por el contrario— a ahondar conceptualmente. Su lectura, en consecuencia, nos sumerge en el proceso de la angustiada búsqueda de nuestra identidad, en la verificación de que “los hilos de nuestra cultura como los de nuestra economía se mueven desde fuera y nos occultan como seres oprimidos”, al decir de Abelardo Villegas. Una virtud adicional, igualmente importante, es que Ardao nos obliga —a través del manejo del lenguaje que no es otra cosa que el reflejo de las ideas— a asumir un rigor lógico, no especulativo, instrumento imprescindible para la transformación del contexto histórico social.



DIBUJO DE FRANCISCO LAURENZO

## Nacionalidad y continentalidad en América Latina

### 1. América Latina y el dualismo Europa-América

La idea de América Latina, o Latinoamérica, constituyó en sí misma, a la hora de su advenimiento en la década del 50 del siglo XIX, la primera idea de la integración —o unión, como se prefería decir entonces— latinoamericana, en tanto que latinoamericana. Resultó ser, por eso sólo, una redefinición de las relaciones entre las distintas secciones de América, o entre las distintas Américas; pero al mismo tiempo, una redefinición de las relaciones genéricas entre América y Europa.

Promovida inicialmente por plumas hispanoamericanas en publicaciones de Madrid y París, como antítesis de una América Sajona, esa idea de América Latina no vino a suplantar sino a complementar, la ya consagrada de América Hispana, o Hispanoamérica. No la suplantó entonces ni tampoco después, del mismo modo que no suplantó sino que complementó también a la de América Ibérica, o Iberoamérica, insinuada de tiempo atrás, aunque la expresión correspondiente apareciera más tarde, en el último cuarto del siglo. Tales tres ideas de la América meridional, con sus correlativos términos de enunciación, han tenido y mantenido una legitimidad que es propia de cada una, en la esfera también de cada una. Tiene que ver esta cuestión con todo un proceso de características únicas en la germinación y configuración de nacionalidades y supranacionalidades en la modernidad occidental.

Semejante proceso americano ha sido condicionado por la concurrente acción de factores históricos europeos, de variado radio lingüístico-cultural a la vez que geográfico-político, en el propio continente de origen: los factores hispano, ibero, latino, en el tradicional uso que se hace de estos términos como categorías de la historia y de la cultura. Las mismas variantes de radio lingüístico-cultural a la vez que geográfico-político, si bien a escala diferente, habrían de manifestarse en la escena americana. Pero aquí con la singularidad, por cierto fundamental, de que **Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica**, han venido a ser etapas al mismo tiempo que niveles, de un solo gran proceso integracionista de significación nacional tanto como continental. Dicho sea lo anterior con el agregado, no menos fundamental, de que la supranacionalidad latinoamericana, lejos de negar la hispanoamericana, o, en su caso, la iberoamericana, es precisamente de ellas que saca su mayor fuerza. Estas otras supranacionalidades que le son subyacentes, la sustentan todavía más que, por separado, las primarias naciones-estados de sentido estricto.

Dominado siempre por la idea nacional —por un ideal nacional— sólo al convertirse en latinoamericano el proceso integracionista continental alcanza su culminación. Pero cualesquiera hayan sido y sean los vaivenes —y el destino futuro— de los fenómenos económicos y políticos del mismo proceso, es por ahora sólo en el campo cultural que esa culminación ha tenido lugar, en el grado en que la ha tenido. Nada lo revela mejor que la expresión literaria del continente.

La distinción entre lo cultural o jurídico-político, lo socio-económico, como diversos de las integraciones continentales, se ha

### 1. Nuestra América

En estos últimos tiempos se ha venido haciendo la reconstrucción histórica de la expresión **Nuestra América**, consagrada por Martí en el título de su célebre ensayo de 1891. Hasta donde esa reconstrucción ha podido establecerlo, su primer empleo significativo fue hecho en la ciudad colombiana —entonces neogranadina— Tunja, por el jesuita santafereño Hernando Domínguez Camargo, en un Canto a Cartagena de Indias impreso en Madrid en 1676: “Esta, de nuestra América pupila, . . .”. (1)

Según ha sido observado, en ese empleo originario la expresión tenía un espontáneo sentido de contraste entre América y Europa, entre el Nuevo y el Viejo Mundo. Con el mismo sentido se acudió a ella en los siglos XVIII y XIX, antes, durante y después del ciclo independentista, como se ha acudido y se acude igualmente en nuestro siglo. Baste aquí recordar su uso ocasional por próceres hispanoamericanos de la emancipación como Miranda, Bolívar o Sucre: cada uno en su momento, los tres escribieron “nuestra América”. No puede, pues, extrañar que con ese alcance haya sido empleada también hasta por el propio James G. Blaine: a la misma hora en que Martí levantaba su divisa, el fundador del panamericanismo, con muy otro espíritu, hablaba a su vez de “nuestra América” refiriéndose a la totalidad del hemisferio occidental. (2)

Extractos del libro homónimo que aparecerá próximamente editado por Ediciones Banda Oriental, a quien agradecemos habernos autorizado a hacer esta anticipación.

Tampoco puede extrañar que semejante amplitud de la expresión, considerada en sí misma, conserve su vigencia, y que por lo mismo, tanto en el presente como en el futuro aparezca y reaparezca en cualquier punto del Sur o del Norte de América, en tales o cuales contrastaciones de ésta con otras regiones del mundo. Pero desde mediados del siglo XIX, por lo menos, comienza a difundirse una acepción adicional, geográficamente más circunscrita: “nuestra América” en el sentido de contraposición, no ya a una parte o al todo del orbe no americano, sino a “otra América”.

Cualesquiera sean los antecedentes de este mismo empleo restringido —eventualmente variados por las diversas maneras de entenderse en todos los tiempos el pluralismo de “las Américas”— es lo cierto que adquiere la plenitud de su significación histórica cuando adviene, en la indicada época, la distinción entre una América Sajona y una América Latina. Tanto desde el ámbito de aquélla como desde el de ésta, se ha hablado y se habla —por supuesto que con la misma legitimidad en una u otra dirección— de “nuestra América”, diferenciada de “la otra”, a la que se concibe como ajena, o simplemente distinta.

### 2. Nuestra América Latina

Por lo que a la América de los americanos latinos respecta, la expresión “Nuestra América”, vuelta tan afortunada en la escritura de Martí, fue asumida desde los comienzos de aquel giro histórico como una carismática abreviación interna de la más explícita **Nuestra América Latina**. De México al Río de la Plata, mucho se ha apelado y seguimos apelando a dicha abreviación pronominal, por

todo lo que tiene de religación y de motivación en la existencia intralatinamericana. Apelamos a ella, sin embargo, siempre en la idea de que el patronímico fijador del deslinde externo no es América a secas, sino el sobreentendido **América Latina**. En la idea, por lo tanto, de que su correspondiente gentilicio no es otro que **latinoamericano**.

En 1875, decía José María Torres Caicedo, entronizador y apóstol de la denominación América Latina desde la década del 50: “Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina? . . . Hoy vemos que nuestra práctica se ha generalizado; tanto mejor. En otras cosas hemos dado el ejemplo sosteniendo los derechos sagrados de nuestra América”. (3)

En 1883, varios años antes de su ensayo “Nuestra América” de 1891, y aun de su discurso “Madre América” de 1889, en cuyo texto tanto había prodigado ya aquella expresión, presente en su pluma desde 1877, decía Martí: “Todo nuestro anhelo está en poner alma a alma y mano a mano los pueblos de nuestra América Latina”. (4)

En 1900 decía Rodó: “Existen ya en nuestra América Latina, ciudades cuya grandeza material y cuya suma de civilización aparente, las acercan con acelerado paso a participar del primer rango en el mundo . . . Necesario es temer que puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Cartago”. (5)

Nuestra América: Nuestra América Latina.

He ahí el legado literal —inscripto de 1875 a 1900, en el exacto recorrido del último cuarto del pasado siglo— de Torres Caicedo, Martí y Rodó.

*“Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, han venido a ser etapas al mismo tiempo que niveles, de un solo gran proceso integracionista, de significación nacional, tanto como continental”.*

dad instrumental obvia. Se comprende, no obstante, que tal distinción, con posible inclusión de otros aspectos y hasta de variantes terminológicas, posee un alto grado de convencionalismo. En primer lugar, por la inevitable interferencia entre los señalados aspectos; en segundo lugar, por la multivocidad de sus enunciados. La situación es particularmente sensible en lo que se refiere a la cultura, por la matizada gama semántica de este vocablo, y hasta por su expansividad íntima, en ciertos momentos totalizante.

Los nombres de todos los continentes tienen, desde luego, carácter cultural, en sentido lato. Sin embargo, el de América Latina o Latinoamérica —como nombre de un continente más que de un subcontinente— es el único, entre todos, que lo tiene en un sentido específico: en tanto que invocación, o apelación, a un modo de cultura; a aquel modo de cultura, por otra parte, que resulta ser el más arraigado y orgánico de la universalista tradición europeo-occidental. El hecho, por sí solo, sería irrelevante, o de relevancia escasa, si no fuera que ese nombre es también el único, en todo el planeta, de un continente que se lo haya dado a sí mismo, al cabo de una búsqueda afanosa, y por instantes angustiosa, de su identidad. Y más importancia cobra todavía por el papel que en esa búsqueda, o autognosis, del vasto sector meridional de América, le tocó desempeñar a la idea misma de Europa.

Hay una analogía formal o externa que hace por igual paradójales a los nombres —en tanto que nombres— de ambos continentes: etimológicamente, el de América Latina contiene una referencia europea, y el de Europa una referencia asiática; pero mientras el de Europa es fruto de una inmemorial imaginación mítica, el de América Latina lo es de una reciente voluntad histórica colectiva. Pues bien, esta voluntad colectiva llegó al desenlace del nombre América Latina, a través, no sólo de una nueva concepción del pluralismo americano, sino, además, de una reacomodación profunda del clásico dualismo mayor, Europa-América.

## 2. El inicial americanismo hispanoamericano

Como denominación continental, el nombre de América Latina surgió a principios de la segunda mitad del siglo XIX, en medio de un complejo cuadro de hechos y de ideas. En cuanto a los hechos, fue determinante el progresivo avance territorial de Estados Unidos sobre el sur del hemisferio americano: en la década del 30 la anexión de Texas; en la del 40, la invasión y desmembramiento de México; en la del 50, las expediciones filibusteras de Walker en Centroamérica. En cuanto a las ideas, coincidió ese proceso con una intensa especulación doctrinaria, en el seno del historicismo romántico, en torno a las razas y sus formas de cultura; el entonces agotado desdoblamiento románico-germánico de la vieja Europa, con su canto de cisne intelectual en la filosofía de la historia de Hegel, es paulatinamente reemplazado, en el propio marco europeo, por una ascendente distribución cuadrangular: lo sajón, lo latino, lo germano, lo eslavo.

No cabe detenerse en los antecedentes, en verdad lejanos, que condujeron, por un lado, al desgajamiento de la rama sajona

del tronco germano; por otro, el acceso del mundo eslavo a los primeros planos; por otro, todavía, al primado de la terminología latinista sobre la romanista. Baste indicar que en la interioridad de esa tetralogía postnapoleónica, emergió a su vez una imperiosa dualidad, de preponderante fachada atlántica: la de lo sajón y lo latino. En parte, vino ella a ser calcada sobre la caduca de lo romano y lo germano, con inversión, ahora, del término hegemónico; pero en otra parte, más significativa, fue reflejo de la situación nueva de las antiguas, y a esas horas legendarias, Germania y Romania: definitivamente desdoblada la primera, sujeto de distinta organización y distinto espíritu la segunda.

Entre otras consecuencias, la desde hacía tiempo fatigada expresión Europa románica, deberá inclinarse cada vez más en lo sucesivo, ante la de Europa latina, comprensiva de aquellos países de idiomas neolatinos, o simplemente latinos, y concebida como antinómica, más que de las Europas germana y eslava, de la Europa sajona. Esa renovada imagen de una Europa latina, a la que el romanticismo infundirá una incitante sensación de frescura histórica, es la que suscitará de inmediato, por contragolpe, la idea de una América también latina, contrastada igualmente a una América sajona.

La repercusión americana del fenómeno europeo, en aquella coyuntura, revisió más de un aspecto. No se comprenderá nunca el advenimiento del término América Latina, si se prescinde de todo el sentido que tuvo de diferenciación y defensa respecto a una América de raza sajona —léxico entonces novedoso— a la hora de los recordados primeros grandes avances de ésta sobre el Sur. Pero tampoco se comprenderá nunca ese advenimiento si se prescinde, por otro lado, del convergente papel que entonces desempeñó, y la metamorfosis que consiguientemente experimentó, el secular dualismo Europa-América. Para las actuales relaciones de los conceptos, no ya Europa-América, sino Europa-América Latina, dichas circunstancias históricas se vuelven de privilegiado interés.

En la América destinada a llamarse Latina, las primeras ideas de unión —o de integración, como es más habitual decir hoy— surgieron y de desarrollaron en el área hispanoamericana. Los iniciales proyectos independentistas de los Miranda y los Viscardo, concibieron el conjunto de las colonias españolas como una sola patria, a organizarse políticamente en una sola nación. El mismo pensamiento fue el de los próceres revolucionarios de 1810. Pronto se convirtió Bolívar en su abanderado continental, hasta culminar el propósito con su convocatoria en 1824 del Congreso reunido en Panamá en 1826, y frustrado en Tacubaya, México, en 1828. Por tratarse primero de la lucha contra España, y luego, en la época de aquella convocatoria, contra la amenaza de la Santa Alianza, todos los empeños unionistas estuvieron presididos por una poderosa antítesis: Europa-América; Europa dominando o amenazando a América, América emancipándose o previniéndose de Europa.

De ahí la espontánea tendencia, en todos los puntos de la América española, de México al Río de la Plata —desde 1810— de llamar a la misma, sencillamente América/ Colombia, había propuesto Miranda llamarla, y el nombre fue recogido con

ese alcance por la Constitución de la Primera República de Venezuela; pero esa Magna Colombia, después de haber hecho algún camino en todo el continente, debió ceder su sitio a la geográficamente más circunscripta pero decisiva Gran Colombia de Bolívar. La apelación al genérico nombre América, llevó a dos derivados léxicos: por un lado, al gentilicio americano como equivalente de hispanoamericano, aparte de su natural significación hemisférica en otros empleos; por otro lado, a la definición de americanismo y de americanista, que se da a sentimientos y movimientos de cuño también exclusivamente hispanoamericano.

No otro sentido tuvo el americanismo político de Bolívar y de toda su constelación histórica, tanto como el americanismo literario de Bello y sus coetáneos. “Potencias Confederadas de América” decía el principal tratado de Panamá, aunque lo suscribían sólo “antiguas colonias españolas” como en la convocatoria había dicho Bolívar; La Biblioteca Americana y El Repertorio Americano se llamaban las revistas que animó Bello en Londres entre 1823 y 1827, aunque sólo a los países hispanoamericanos tuviesen en vista. Dominándolo todo, la gran antítesis Europa-América.

La misma antítesis está de nuevo presente en el siguiente episodio unionista de significación, el llamado Primer Congreso Americano de Lima, 1847-1848. Fue convocado a fines de 1846 por la amenaza, que no llegó a concretarse, de una expedición contra Ecuador auspiciada por España con la complicidad inglesa. De nuevo el peligro europeo; de nuevo, haciendo frente a Europa, América. Pero aunque se hable de América sin limitación, y aunque el Congreso se llame “Americano”, y “Confederación Americana” la proyectada, es sólo de países latinoamericanos que se sigue tratando. Ni siquiera se siente la necesidad de dar una explicación de la terminología usada, como tampoco la sintió Juan María Gutiérrez, al publicar en Valparaíso, en el mismo año 1846 de la convocatoria del Congreso, su célebre antología América Poética: pese a la latitud del título, era sólo la poesía americana de lengua española la allí considerada.

Las mismas circunstancias generales de primer plano —si bien por otra vertiente una transformación profunda se estaba operando— rodearon la reunión del llamado Segundo Congreso Americano de Lima, 1864-1865. Tuvo de nuevo por causa inmediata la agresión europea, esta vez consumada, al ocupar España las islas peruanas de Chíncha. Aunque sólo países hispanoamericanos intervinieron, “Americano” se volvió a llamar al Congreso, y de “Estados de América” hablaron los textos allí suscritos. Por otra parte, habiéndose abierto aquella década con otras intervenciones europeas —de España en República Dominicana; de España, Inglaterra y Francia en México— un vasto estrechamiento recorre a los pueblos de la América española. En su ámbito, el tradicional antagonismo Europa-América renace con un apasionamiento que no se conocía desde los tiempos de la Independencia. Uno de los resultados fue la fundación en Valparaíso, en 1862, de un activo movimiento intelectual y popular irradiado a varios países hispanoamericanos. como fenómeno de masas en algunos de ellos, que recibió el nombre de Unión Americana: Unión de la joven América —por supuesto, la hispana— republicana y democrática, frente a la vieja Europa monárquica y colonialista.

En otro terreno, con vistas al Congreso de ese año, publica Justo Arosemena en 1864, en Lima, su medular Estudio sobre la idea de una Liga Americana: era a las naciones americanas de origen español, puestas en zozobra por el revanchismo europeo, que se procuraba unir.

## 3. Del americanismo al latinoamericanismo

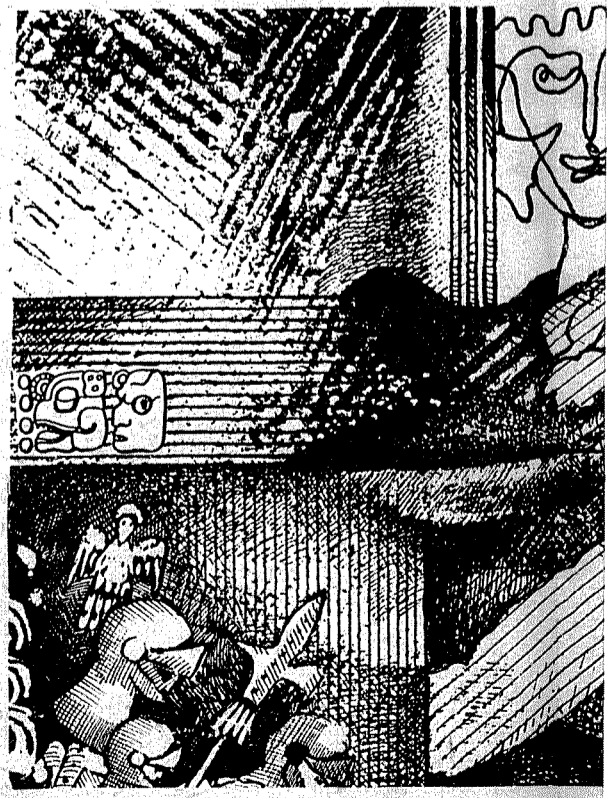
Cuando lo que acaba de decirse ocurría en el primer lustro de la década

del 60, estaba ya pugnando por pasar a primer plano en el campo del unionismo —o integracionismo— hispanoamericano, una corriente distinta, por sus fundamentos políticos a la vez que doctrinarios. Es la corriente por cuyo intermedio, siempre en la misma tradición unionista de inevitable foco histórico en Bolívar, el viejo “americanismo”, de generalidad, al par que ambigüedad, terminológica, iba a convertirse en el “latinoamericanismo”, entonces naciente.

El desenlace en 1848 de la guerra de México, con el Tratado de Guadalupe Hidalgo que dio posesión a Estados Unidos de gran parte del antiguo territorio de su vecino, fue ignorado en absoluto por el Primer Congreso Americano de Lima, no obstante haber tenido lugar cuando éste estaba todavía reunido. Su problema era Europa, no Estados Unidos. Pero el efecto alertante en la opinión pública hispanoamericana iba a ser creciente día a día. Ya en 1850 se siente amenazado el Istmo de una manera formal. Los choques norteamericanos-mexicanos, desde los distantes episodios de Texas, dejan de ser vistos como lejanas turbulencias fronterizas entre “dos países”, para considerarse el enfrentamiento de “dos Américas”, de diferente “raza”: la sajona y la latina. Motivada por el nuevo peligro, no ya ultramarino sino intrahemisférico, en el primer lustro de la década del 50 da comienzo la especulación latinista en plumas hispanoamericanas.

Las inmediatas depredaciones de Walker en Centroamérica a lo largo del segundo lustro, precipitan nuevas ideas y actitudes, desde el extremo norte al extremo sur de la América española. El año 1856, de apogeo del filibusterismo, resultó clave: para defenderse, no de Europa sino de Estados Unidos, dos nuevas reuniones unionistas hispanoamericanas tienen lugar, una en Santiago de Chile, otra entre los representantes acreditados en Washington; siguiendo una línea diplomática que venía desde el Congreso de Panamá, se hicieron convencionales aperturas al Brasil, ahora más definidas. En el mismo año, quien iba a ser durante un tercio de siglo, desde París, el profeta y apóstol del latinoamericanismo, el colombiano José María Torres Caicedo, escribe su extenso poema, hoy histórico, Las dos Américas. Haciendo sonar la alarma, estampa en él: “La raza de la América Latina / al frente tiene la sajona raza”. El nuevo nombre de la América meridional iniciaba definitivamente su carrera.

Aquel nuevo nombre resultó sobre todo significativo, por traer un concepto nuevo del continente que mentaba. Consciente de la carga cultural, más que biológica, de la palabra raza en tal contexto y otros similares, aclaraba el mismo Torres Caicedo que hacía uso de ella, “aun cuando



do no es rigurosamente exacta... para seguir el espíritu y el lenguaje de convención que hoy domina". Las consecuencias eran múltiples. La deprimente imagen del mestizaje étnico de la América meridional, extremada en aquellos mismos años por Gobineau en los capítulos finales de su libro famoso, resultaba bruscamente reemplazada por la tradición de cultura de mayor abolengo en el mundo occidental. Por más que el deslumbramiento ante el empuje del orbe sajón, llevara a muchos ilustres hispanoamericanos del siglo XIX a eludir el nuevo léxico latinoamericanista, su introducción no dejó de constituir una poderosa arma ideológica en la afirmación y defensa de lo propio. Pero importó, además, tanto como una cabal diferenciación respecto a la otra América, una decisiva revisión de las relaciones entre los términos América y Europa. Nuestras subterráneas raíces europeas, sin que se olvidara su entrelazamiento con las indígenas y las africanas, se ensanchaban al par que se profundizaban.

Aparte de ser adversado por hispanoamericanos sajónizantes, así fuera por lo general de modo tácito, el incipiente latinoamericanismo experimentó rudos traspies por los acontecimientos del primer lustro de la década del 60. Mientras los Estados Unidos, sumidos en su guerra civil, ponen transitoriamente entre paréntesis sus miras sobre los países del Sur, se producen desde Europa las diversas ofensivas que se vio más arriba. Como también se vio, se reaviva el viejo antagonismo europeo-americano. No era ello propicio para la idea latinoamericana; tanto menos cuanto que los ideólogos panlatinistas de Napoleón III explotan el nuevo nombre América Latina, a favor de la presencia imperial francesa en México.

Sin dejar de condenar severamente el crimen de que era víctima la nación azteca, Torres Caicedo no cesa en su campaña. En 1865, en plena celebración del recordado Segundo Congreso Americano de Lima, lanza en París, en español, su libro *Unión Latinoamericana*. Su solo título era revolucionario en la historia del unionismo hispanoamericano; lo era más su contenido, ya que, a la vez de atacar las renovadas ambiciones de las monarquías europeas de la época, denunciaba con energía el mayor peligro cernido entonces sobre los países meridionales de América: el peligro norteamericano.

La década del 70 fue de lento ascenso de la idea y el nombre de América Latina. En 1875 pudo Torres Caicedo escribir: "Hoy vemos que nuestra práctica (la del empleo de dicho nombre) se ha generalizado; tanto mejor". Pero más importante para nuestro asunto es que en la misma ocasión dijera: "Hay América anglo-sajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa; y a este

grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?". Es esta la tal vez primera afirmación categórica, por no decir tajante, de la llamada integración latinoamericana, en tanto que verdaderamente latinoamericana; la afirmación de la América Latina como una gran unidad histórico-cultural, llamada a ser concebida, en el andar del tiempo, como una nacionalidad, o supranacionalidad, también verdaderamente continental.

La latinidad de la América meridional se mentó primero en el carácter de mera adjetivación. Desde 1835 —cuando todavía el propio Tocqueville no hablaba sino de "raza inglesa" y "raza española" en suelo americano— el sansimoniano francés Michel Chevalier había comenzado a caracterizar a aquella América como "latina"; pero en el mismo plano y con el mismo alcance de como "católica". De esa adjetivación fue que Torres Caicedo, más que ningún otro hispanoamericano, pasó en la década del 50 al sustantivo compuesto América Latina. Con el sentido de denominación continental que él le dio, el término así sustantivado se fue imponiendo poco a poco en el resto del siglo XIX y, sobre todo, a lo largo del actual. Lexicográficamente se le llega a unificar, con la frecuencia que se sabe, en el solo vocablo Latinoamérica.

Tal pasaje de la mera adjetivación a la sustantivación con proyección gentilicia, aun conservando el compuesto de dos palabras separadas, no lo conoció nunca la matriz "Europa latina". Menos ha dado lugar ésta a una unificación lexicográfica similar a la que acaba de mencionarse: no se habla de una "Latinoeuropa". Ha sido así, porque sólo en el caso de la América Latina semejante denominación fue asumida, desde sus orígenes, por la conciencia de una nacionalidad —o supranacionalidad— que desde tiempo atrás pugnaba confusamente por definirse para de ese modo identificarse. La situación en Europa, donde tan vivo fue en el siglo XIX el sentimiento de las nacionalidades, menores y mayores, tuvo en el área latina características distintas a las del otro lado del Atlántico.

#### 4. La idea nacional en América Latina

Para la conciencia criolla, desde fines del siglo XVIII, había llegado a cuajar en algunas mentes la idea-programa de una "nación hispanoamericana". No fue ajeno a ello el relieve que el iluminismo dio al concepto de nación. Solemnizado todavía éste por la Revolución del 89, bajo formas múltiples se manifestó sin tardanza en los espontáneos patriotismos que siguieron a la insurgencia hispanoamericana de 1810. Ya en la primera hora del Himno Venezolano proclamaba: "la América toda existe en nación" (por supuesto, se refería a la sola América hispana); y por su parte, el argentino exalta el nacimiento de "una nueva y gloriosa nación".

Fue de inmediato que se produjo en Europa la general eclosión de una doctrina que partiendo de la idea de nación, de algún modo la reinterpretaba: la doctrina de la "nacionalidad", de las "nacionalidades". Se hizo ostensible hacia 1815, al cierre del ciclo napoleónico, bajo la inspiración de muy fuertes al par que extendidos sentimientos nacionales de los pueblos de todo el continente. Era el año preciso en que en América —coincidencia no desprovista de significación— escribía Bolívar su Carta de Jamaica. Diversas cuestiones derivaron. En una línea, asumiría entidad el problema de las minorías nacionales; pero en otra, de mayor interés para nuestro asunto, se desprenderían los proyectos supranacionales, cuya forma extrema la iban a constituir los llamados "panismos".

Inseparable del espíritu que fue propio del romanticismo, el movimiento de las nacionalidades alcanzó en Europa su cabalidad, para tener luego allí larga carrera, entre fines del primer cuarto y principios del segundo tercio del siglo. Es pre-

cisamente la época de definición y organización primera de los flamantes países independientes de la América meridional, donde aquel movimiento habría de tener repercusiones contradictorias.

La inicial generación romántica de la América todavía no llamada Latina, fue muy sensible a la idea de nacionalidad. No tardó en apropiarse el vocablo mismo, que en la propia Europa no había aparecido hasta la década del 20. Los románticos europeos habían hecho de la obra literaria su más poderoso instrumento ideológico nacionalista, se habían servido expresamente de la literatura para exaltar la conciencia nacional. La misma cosa harán los románticos americanos, dominados por la preocupación de consolidar ante todo la conciencia de las nuevas naciones-estados. No otro sentido tuvo la histórica floración en las mismas, de las "literaturas nacionales" que por todas partes emergieron después de 1830. Desde este punto de vista, en el área hispanoamericana, desde la

*"(...) La voluntad colectiva llevó al desenlace del nombre América Latina a través, no sólo de una nueva concepción del pluralismo americano, sino, además, de una reacomodación profunda del clásico dualismo mayor, Europa-América".*

Argentina a México, el efecto fue de centrifugación respecto a lo que había sido el continentalismo político y literario de los años 20, que los nombres de Bolívar y Bello, respectivamente, encarnan.

Pero por otro lado, la misma incitante idea de nacionalidad, en la dimensión supranacional de que Europa daba ejemplos, llevaba a cabo un cada vez más consciente efecto centrípeto. Se hizo sentir primero en el ámbito hispanoamericano, reactivados los ancestros unitarios de la colonia y la emancipación, por las nuevas amenazas y agresiones de las monarquías europeas de que se ha hablado antes; y luego en el más general ámbito latinoamericano, cuando el peligro que se vuelve prioritario es el de la otra América.

En 1889, en la más doctrinaria de las notas que dedicó a la Conferencia Panamericana de Washington, contrastando a Estados Unidos con el resto, insistía Martí en la distinción de "las dos nacionalidades de América". Fue de tal contraste de "nacionalidades" que extrajo la divisa "Nuestra América", expresión de una nacionalidad —o supranacionalidad— cuya entronización propagandística, como divisa, llevó a cabo de 1889 a 1891; pero ya desde 1883 había dicho más de una vez: "nuestra América Latina".

Como los demás hispanoamericanos que se van incorporando al lenguaje latinista, incluido el propio fundador Torres Caicedo, tiende Martí a poner por delante la América española en el concepto de América Latina. Sin embargo, el nombrado Torres Caicedo, a quien tanto movió durante años la idea de nacionalidad en su sentido amplio, había dicho en 1875, según vimos: "... hay (América) española, francesa, portuguesa; y a este grupo, ¿qué denominación científica aplicarle sino el de latina?". Que no se trataba de una mera actitud descriptiva, lo probaban sus numerosos escritos anteriores, pero sobre todo su citado libro de 1865, *Unión Latinoamericana*. Y cuando en 1879, para impulsar el ideal unionista, funda en París la *Sociedad de la Unión Latinoamericana*, no dejó de contar a patriotas haitianos entre sus más activos colaboradores.

De manera todavía incipiente en la conciencia de aquellas generaciones, la nacionalidad continental destinada a diferenciarse unitariamente de la América Sajona, estaba rebasando el estricto marco

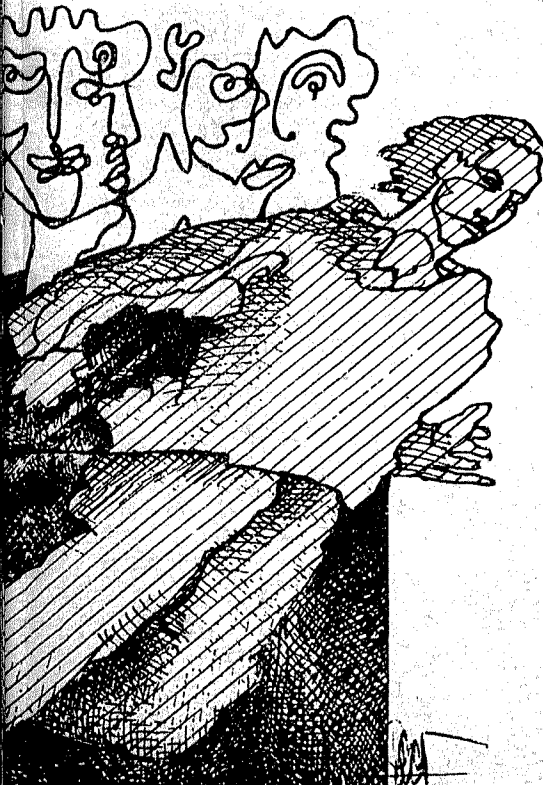
de la América de origen español, para comprender también a los otros países americanos de lengua y cultura latinas o neolatinas. Era algo completamente nuevo respecto a lo que había sido el pensamiento continentalista de los próceres hispanoamericanos de la emancipación.

No aconteció lo mismo con la Europa que a principios del siglo XIX se inclinó a llamarse latina en lugar de románica. Tentativas no faltaron: desde la inicial idea del francés Lallemand, en la década del 40, de una federación que llamó "ibergalítica", de Iberia, Galia, Italia, al diversificado movimiento latinista, y hasta panlatinista, de la segunda mitad del siglo, también de foco francés, pero que recupera ahora a Rumania para la comunidad latina de Europa, teniendo como figura mayor a Federico Mistral; y todavía, a lo que se llamó a fines del siglo, Unión o Confederación Heleno-Latina, de la que en el mundo hispánico fue representativo sostenedor Emilio Castelar, el gran amigo de

Torres Caicedo. Quede recordado lo anterior, sin internarnos en los siempre activos procesos latinistas del presente siglo impulsados desde Europa. Sin restarle a esos episodios de ayer y de hoy, nada de su significación pasada y presente, parece cierto, empero, que no han llegado a hacer cristalizar la conciencia de una nacionalidad latinoamericana —llamándola así en este lugar— análoga a la conciencia de una nacionalidad latinoamericana, operante y creciente desde mediados del siglo pasado a nuestros días.

¿Se ha debido ello a que el sentimiento latinista, en sí mismo, ha sido más poderoso en América que en su continente de origen? Nadie podría suponerlo así. El hecho latinoamericano, en tanto que latinoamericano, no tiene otra explicación última que la existencia en el mismo hemisferio, del gigante sajón. Ha sido la poderosa gravitación de éste la que, por contraste, ha actuado como agente de progresiva reducción del resto de América a una unidad fundamental. La común condición latina de ese resto, atendidas sus formas oficiales de carácter lingüístico-cultural, en una época en que en la propia Europa pasa a primer plano la enérgica antítesis de Sajones y Latinos, hizo lo demás.

De no haberse dado esa condición común, se hubiera llegado a la misma conciencia comunitaria por la vía de otros sentimientos o de otras ideas. De ahí el actualísimo fenómeno de "latinoamericanismo" de accesión, del Caribe inglés y holandés, tendiente, aun el anglófono, a orbitar antes en torno a Latinoamérica que a Estados Unidos. De ahí también, volviendo a Europa, la concepción contemporánea de una supranacionalidad europea asentada en otros fundamentos culturales que los de la afinidad étnico-lingüística; fundamentos culturales no menos operativos, a su modo, que los económicos y políticos, de más resonante apremio. Cabe aún la hipótesis de que Europa, a secas, en cuanto idea de nacionalidad grande en gestación, tiene hoy más íntima fuerza que la que en ningún momento ha tenido, en su área, la Europa latina. A la escala planetaria del próximo futuro, más todavía que de hoy, el tradicional caso suizo puede constituir, por lo menos en algunos de sus aspectos, una micro-prefiguración.



DIBUJO DE FRANCISCO LAURENZO



DIBUJO DE FRANCISCO LAURENZO

Llamativamente, la idea de nacionalidad, no ya de nación, ha tenido en el plano supranacional más expansión en América que en Europa, el continente que la originó y donde tanto papel desempeñó en el siglo XIX. Movimientos como el pangermanismo, el paneslavismo, el panlatinismo, se agotaron con prontitud. En otros casos, como los típicos de Alemania e Italia, la idea de una nacionalidad mayor englobante de pequeños principados históricos, condujo con la misma prontitud a la organización de naciones-estados. (Casi está de más aclarar que para nada consideramos aquí los "nacionalismos" políticos de otra índole, producidos en nuestro siglo por la exaltación de tal o cual nación-estado).

Mayor destino europeo, en verdad, ha tenido hasta nuestros días la idea de nacionalidad como expresión de minorías, con todo el cortejo de afirmaciones autonómicas que cruza en X al Viejo Continente, de España a Rusia y de Gran Bretaña a los Balcanes. Saliente testimonio intelectual de la efervescencia europea decimonónica en esta materia, a la hora en que ella llega a su apogeo, lo constituye la clásica obra de Francisco Pi y Margall, *Las Nacionalidades*, publicada en 1887. En América, en cambio, prácticamente ausente ese fenómeno —abstracción hecha de la situación de las comunidades indígenas, de naturaleza diferente, y de algún caso importante como el típico canadiense francés— lo característico ha sido el desarrollo de ideas supranacionales, sin debilitamiento alguno, en términos generales, de las siempre arraigadas naciones-estados surgidas de la emancipación.

### 5. Hispanoamérica,

#### Iberoamérica, Latinoamérica

Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica, resultan ser tres grandes nacionalidades, producto cada una de una integración propia, a punto de partida en una veintena de naciones-estados; pero al mismo tiempo integradas entre sí, en su misma condición de nacionalidades grandes, o supranacionalidades. Es lo que se estableció al comienzo de este escrito. Se anticipó también que nada lo revela mejor que la expresión literaria del continente. Después del recorrido hecho, algunas puntualizaciones se imponen en este particular aspecto.

Al margen del incierto destino, con su lote de logros y frustraciones, de las integraciones económica y política, y hasta de la cultural en otros órdenes, es lo cierto que la literaria ha alcanzado algún grado, todo lo relativo que se quiera, de efectivo cumplimiento. En tanto que niveles, después de ser etapas, de una misma integración literaria continental, coexisten, de hecho, una literatura hispanoamericana, una literatura iberoamericana, una literatura latinoamericana.

Cada una de esas literaturas se halla sustentada por una conciencia literario-idiomática distinta; diversidad subjetiva que se traduce luego objetivamente en manifestaciones bibliográficas, académicas, institucionales. Que a veces se le llame latinoamericana sólo a la iberoamericana, y más aún, sólo a la hispanoamericana, es cosa de convencionalismo; nada diferente, en esencia, al que por inveterada tradición —a vía de ejemplo representativo— ha hecho y hace todavía llamar

americana, genéricamente, a la sola literatura, no ya latinoamericana o iberoamericana, sino hispanoamericana.

Las aludidas distintas conciencias literario-idiomáticas, se han superpuesto a lo largo de un mismo ascendente proceso de integración. Han sido entre sí, siempre incluyentes, nunca excluyentes. Lo que aconteció con la históricamente primera de ellas, la hispanoamericana, fijó el modelo para las ulteriores, la iberoamericana y la latinoamericana. La integración de las letras hispanoamericanas se llevó a cabo reduciendo a una sola gran comunidad literaria supranacional, a todas las literaturas nacionales de las respectivas naciones-estados, sin debilitar a las mismas en lo que han tenido de nacional; antes bien, contribuyendo a desarrollarlas y vigorizarlas. Igual cosa ha acontecido en los subsiguientes niveles supranacionales.

La unitaria literatura hispanoamericana continental, programada por los Andrés Bello, Juan García del Río, José Joaquín de Mora, en la fase final del ciclo independentista, no había llegado a asumir conciencia de sí, cuando se produjo, con la primera generación romántica, el brote de las "literaturas nacionales" de cada uno de los países americanos de origen español. Se ha recordado su relación con el coetáneo movimiento europeo de las nacionalidades. A uno y otro lado del Atlántico, el aspecto político de la idea nacional dio impulso a las literaturas nacionales; pero, a la inversa, también el aspecto literario de la idea nacional resultó decisivo, sea para el despertar, sea para el nacimiento, en cualquier caso para el fortalecimiento, de las nacionalidades políti-

dad de llevar a término la inconclusa tarea de "formar de todas las literaturas de América una literatura, un patrimonio y una gloria de la patria común". Que sólo tenía en vista la literatura hispanoamericana se desprendería, no sólo del explícito contexto del escrito en que aquello decía, sino de su mismo título: "Por la unidad intelectual y moral de Hispanoamérica".

Sólidamente establecido, del romanticismo al modernismo, el concepto de "literatura hispanoamericana", es preciso llegar a la década del 40 del presente siglo, para que se pase a su subsunción en el más amplio de "literatura iberoamericana". Nada más ilustrativo, en este orden, que la obra de Pedro Henríquez Ureña, considerada bajo la faz de su americanismo literario. Durante la mayor parte de su larga carrera crítica, desde 1905 hasta 1940, su visión americanista de las letras se circunscribió a Hispanoamérica, o América Hispana, o todavía, en el término que contó con su mayor preferencia, América Española. Fue casi de golpe que empezó a abarcar como una sola literatura continental al conjunto literario de Hispanoamérica y el Brasil. Después de algún aislado preanuncio poco anterior, lo hizo de manera formal en las clásicas lecciones que dictara en la Universidad de Harvard en el curso académico de 1940-1941. Pocos años después se publicaron ellas, primero en inglés, luego en español, bajo el título de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*.

Más allá de tales o cuales antecedentes, de tales o cuales contactos intelectuales y personales entre una y otra zona literaria, que siempre existieron —como entre la li-

teratura hispanoamericana y la española o la francesa— esa personal evolución de Henríquez Ureña, determina, como ningún otro episodio, el advenimiento histórico del concepto de literatura iberoamericana. Del punto de vista léxico, este último gentilicio, así como su raíz correspondiente, Iberoamérica, no fueron del empleo de Henríquez Ureña. Al incluir al Brasil, optó por acudir a la variante "Hispanica", sustitutiva de Hispana, para denominar a la América cultural así ensanchada. Lo hace asimismo en su inmediato título *Historia de la cultura en la América Hispánica*, también inclusivo del Brasil.

Esa terminología, no desprovista de fundamento es, al fin, aspecto secundario de la cuestión de fondo. Lo cierto es que desde aquella década, el concepto de una "literatura iberoamericana" —más usualmente denominada así— expresiva de una nacionalidad de mayor radio que la hispanoamericana, no ha hecho sino desarrollarse. De más está decir que Henríquez Ureña fue en esto intérprete representativo, en una particular coyuntura histórica, de una tendencia preexistente, destinada de todas maneras a imponerse.

Lo que la década del 40 fue al concepto de literatura iberoamericana, vino a serlo la del 70 al de "literatura latinoamericana". Ya vimos que la expresión misma conoció su primer enunciado en la pluma de Torres Caicedo. Muy escaso empleo tuvo después, aun en toda la primera mitad del siglo XX; y cuando lo tuvo, fue —en general— para su aplicación, o a la sola literatura hispanoamericana, o, en su hora, a la iberoamericana. Aconteció así

en el estricto terreno literario —por más ligado a la formulación idiomática— pese a la irreversible marcha ascendente del término América Latina, desde la pasada centuria, en otras dimensiones culturales y políticas. El concepto de literatura latinoamericana en su significado cabal, en tanto que literatura comprensiva de las letras americanas meridionales de lenguas, no sólo española y portuguesa, sino también francesa, es ahora, tras variados antecedentes, que alcanza realmente su culminación.

Limitándonos a los países independientes, la literatura de Haití consolida en la mencionada década su reunión a la del conjunto de los países iberoamericanos. En poesía, narrativa, ensayo, las letras haitianas entran a figurar en el corpus latinoamericano, en un grado, todo lo incipiente que se quiera, que no se había dado antes. Más allá del continente, y aun del hemisferio, la expresión "literatura latinoamericana" se universaliza, a compás de la universalización, por un lado, del nombre América Latina, y por otro, de su literatura misma.

La literatura latinoamericana, órgano literario de una nacionalidad grande, incluye dentro de sí, sin afectar la personalidad que les es propia como literaturas también de nacionalidades grandes, a la iberoamericana y la hispanoamericana; de la misma manera que esta última incluyó desde el primer momento, sin afectar su personalidad nacional básica, a las literaturas argentina o mexicana, ecuatoriana o nicaragüense.

Pero como órgano literario de la nacionalidad al fin verdaderamente continental, conciencia o autoconciencia de una comunidad histórico-cultural de complejo desarrollo, la literatura latinoamericana tiende hoy a rebasar la propia área idiomática de la que saca su nombre. Sucede ello hacia opuestos extremos, por imposición, una vez más, de la historia sobre la pura lógica. Asistimos en nuestros días a la incorporación a su concepto, por un lado, de las literaturas de lenguas precolombinas, con acuñación del llamativo término "literaturas indígenas latinoamericanas"; por otro lado, de las literaturas del Caribe no latino, a partir de una afinidad geográfico-étnico-cultural que desborda también, de otro modo, el riguroso marco lingüístico.

*"...El hecho latinoamericano, en tanto que latinoamericano, no tiene otra explicación última que la existencia en el mismo hemisferio, del gigante sajón. Ha sido la poderosa gravitación de éste la que, por contraste ha actuado como agente de progresiva reducción del resto de América a una unidad fundamental".*

#### NOTAS:

- (1) Recogiendo expresamente la tradición de ese lejano origen, en la misma Tunja se ha fundado en 1982 la revista *Nuestra América*, dirigida por Javier Ocampo López y Vicente Landínez Castro, órgano del "Instituto para el desarrollo y la integración de América Latina". En un feliz enlace con las circunstancias históricas de nuestro tiempo, implícita ya en la denominación *latinoamericanista* del Instituto, la presentación del primer No. lleva por título: "El porqué del nombre *Nuestra América*". Esa empresa, con todo el simbolismo de su asiento en Tunja, se hermanaba con el espíritu también latinoamericanista de la revista igualmente llamada *Nuestra América*, órgano desde 1980 del "Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos", con sede universitaria en México, bajo la dirección de Leopoldo Zea.
- (2) Véase: Ricarte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas*, Ed. Siglo XXI, México, 1980, especialmente pp. 35 y ss., 55 y ss., 10, 201. En nota de la p. 35 informa: "Ernesto Mejía Sánchez prepara una monografía sobre la historia de la expresión *nuestra América*".
- (3) José María Torres Caicedo, *Mis ideas y mis principios*, París, 1875, T. I, p. 151.
- (4) José Martí, "Agrupamiento de los pueblos de América", en el vol. *Nuestra América*, ed. de la Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, p. 314. En varias oportunidades empleó Martí la denominación "América Latina" para la que llamaba "Nuestra América". Como variante significativa, en 1885 tituló a uno de sus artículos "Nuestras tierras latinas", diciendo allí: "Nuestras tierras son ahora, precisamente, motivo de preocupación para los Estados Unidos..." (Ibidem, pp. 15-19).
- (5) José Enrique Rodó, *Ariel*, ed. Aguilar de Obras Completas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 1967, p. 245.